

Comentarios generales

Eclesiástico 3, 3-7, 14-17:

Esta primera lectura bíblica recoge unas máximas para el buen orden y armonía familiar:

— Insiste en los deberes de los hijos para con los padres. De una manera especial en los deberes de asistencia a los padres en su ancianidad. En la familia los padres representan siempre la autoridad y la solicitud de Dios. Merecen amor, respeto, obediencia. Y dado que por ley biológica el hijo gana vigor mientras los padres avanzan hacia la vejez y lo pierden, deben los hijos atender con gratitud, indulgencia y cariño a sus padres ancianos (12, 13).

— Este precepto lo afianza Dios con promesas para los hijos buenos (riqueza, longevidad, gozo en los hijos, benevolencia divina), y con castigos para los hijos ingratos que se comporten mal con sus padres. Esta doctrina del Eclesiástico está fundada en Ex. 20, 12 y en Dt. 5, 16.

— San Pablo, en el N. T., se refiere a estos textos y los enriquece con un nuevo valor que los torna aún más urgentes: «Hijos, obedeced a vuestros padres *en el Señor*» (Ef 6, 1). Los hijos viven y comparten la vida de obediencia de Cristo. Es un absurdo traducir madurez humana, y más aún «libertad cristiana», como desobediencia, insubordinación, desacato.

Colosenses 3, 12-21:

San Pablo nos da un bello tratado del amor y armonía familiar que luego deriva en paz comunitaria:

— 1º Teología: Unos títulos nuevos nos van a exigir la armonía de nuestra convivencia familiar y comunitaria: Pueblo escogido de Dios. Pueblo sagrado. Pueblo amado: Cuerpo Místico de Cristo. Y el Concilio llama a la familia cristiana: «Iglesia doméstica» (LG II), testigo de la presencia viva del Salvador y de la esperanza escatológica (LG 35. 48).

— 2º Programa: San Pablo nos traza la lista de virtudes y actitudes que deben formar el programa del cristiano en sus relaciones de familia y sociales: Entrañas de misericordia, humildad, dulzura, comprensión, mansedumbre. Mutuo perdón... Y por encima de todo: Caridad. La caridad es el principio vital. De ella recibe nuestro organismo sobrenatural (el personal y el Místico), unidad y cohesión, progreso y vigor hasta la madurez o plenitud de Cristo. Acomodando la metáfora del «vestido» (v 12: «revestíos»), llama Pablo a la Caridad: «Ceñidor de la unidad» (14).

— 3º Fuentes: Para que esta caridad sea progresiva e inagotable San Pablo

nos abre tres fuentes:

a) El ejemplo y gracia de Cristo (13. 15). La Paz de Cristo debe reinar y regirnos. Debe ser el árbitro en todas las contingencias de la vida.

b) La «Palabra» de Cristo. En el alimento abundante de su Palabra hallaremos consuelo, luz, vigor para nuestra caridad.

c) La «Acción de Gracias»: La celebración Eucarística: «Misterio de piedad, sacramento de unidad, vínculo de caridad». El Vaticano II nos estimula a revitalizar estas tres inexhaustibles fuentes del amor o caridad cristiana en su expresión de la vida de familia, de la vida comunitaria y de la vida social. En Cristo somos todos hijos de Dios, hermanos.

Mateo 2, 13-15. 19-23:

San Mateo nos presenta a Cristo integrado en la vida de familia. La Encarnación, al Hijo de Dios le acerca y asemeja del todo a los hombres. En su vida de familia es modelo adecuado para todos.

— Jesús vive su infancia perseguido y expatriado. Es lección para nosotros. En clima de persecuciones y en espiritualidad de «Éxodo» caminará siempre la Iglesia. La Providencia del Padre la guarda; pero no destruyendo a los enemigos (Herodes), sino inspirándole humildad y paciencia. El texto que aquí aduce San Mateo: «De Egipto llamé a mi hijo» (15), se aplica a la vez al antiguo Israel liberado de Egipto, al Mesías, y a nosotros. En la tierra siempre somos desterrados. Llegaremos a la Patria, Casa del Padre, liberados por el Redentor que ha querido compartir nuestra triste suerte de esclavos; y, nuevo Moisés, se ha puesto a nuestro frente. Siguiéndole llegamos a la Patria. Con el Hijo, hijos de Dios, pasamos del destierro y esclavitud a la Salvación eterna; desterrados y perseguidos, viadores y peregrinos, tenemos ya al verdadero Libertador, al nuevo Moisés, Jesús.

— En otro cuadro nos presenta Mateo a Cristo en su vida de familia de Nazaret. Y le aplica la profecía: «Será llamado Nazareno» (23). La intención de Mateo parece ser dar a esta frase sentido biforme: a) Nazaret era una aldea mísera y difamada (Jn 1, 46). Y dado que los Profetas hablan del origen humilde y vida oculta del Mesías (Is 11, 1; 49, 2), Jesús llevará la humillación de los apelativos «Nazareno» (Jn 19, 20; Act 24, 5) y «Galileo» (Jn 7, 52). b) «Nazareno» (de Nazir) significaba también «consagrado». Y es claro que los Profetas prenuncian al Mesías como «consagrado» a Dios y «Ungido» de Dios.

— Este cuadro de Jesús en su vida de familia de Nazaret debemos completarlo con lo que nos dice San Lucas, Evangelista documentado en las mejores fuentes: «...Se volvieron a Galilea, a Nazaret, su ciudad. Y el Niño iba creciendo; y se vigorizaba colmado de sabiduría; y sobre Él permanecía la complacencia de Dios» (Lc 2, 40). Y otra vez: «Y descendió con ellos a Nazaret. Y siguió sujeto a su obediencia. Su Madre guardaba todos estos

hechos en su corazón. Mientras, Jesús progresaba a una con la edad, en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres» (Lc 2, 51). Jesús se nos ofrece a todos como el modelo más amable e imitable en ese ambiente sencillo de su casita de Nazaret. Modelo de humildad sincera y sin artificio, de obediencia respetuosa y filial. En desarrollo armónico de todas sus facultades. En irradiación creciente de gracia y santidad.

*Aviso: El material que presentamos está tomado de José Ma. Solé Roma (O.M.F.), *'Ministros de la Palabra'*, ciclo 'A', Herder, Barcelona 1979.